

863.5

P. L.

PQ 6555

F7

v. 2

1915-18

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PARTE SEGUNDA

I

Maximiliano Rubín.

I

La venerable tienda de tirador de oro que desde inmemorial tiempo estuvo en los soporales de Platerías, entre las calles de la Caza y San Felipe Neri, desapareció, si no estoy equivocado, en los primeros días de la revolución del 68. En una misma fecha cayeron, pues, dos cosas seculares, el trono aquel y la tienda aquella, que si no era tan antigua como la Monarquía española, éralo más que los Borbones, pues su fundación databa de 1640, como lo decía un letrero muy mal pintado en la anaquelaría. Dicho establecimiento sólo tenía una puerta, y encima de ella este breve rótulo: *Rubín*.

Federico Ruiz, que tuvo años ha la manía de escribir artículos sobre los *Obscuros pero indudables vestigios de la raza israelita en la moderna*

España (con los cuales artículos le hicieron un folletito los editores de la Revista que los publicó gratis), sostenía que el apellido de Rubín era judío y fué usado por algunos conversos que permanecieron aquí después de la expulsión. «En la calle de Milaneses, en la de Mesón de Paños y en Platerías se albergaban diferentes familias de *ex-deicidas*, cuyos últimos vástagos han llegado hasta nosotros, ya sin carácter *fisonómico ni etnográfico*.» Así lo decía el fecundo publicista, y dedicaba medio artículo á demostrar que el verdadero apellido de los Rubín era *Rubén*. Como nadie le contradecía, dábale él á probar cuanto le daba la gana, con esa buena fe y ese honrado entusiasmo que ponen algunos sabios del día en ciertos trabajos de erudición que el público no lee y que los editores no pagan. Bastante hacen con publicarlos. No quisiera equivocarme; pero me parece que todo aquel judaísmo de mi amigo era pura fluxión de su acatarrado cerebro, el cual eliminaba aquellas enfadosas materias como otras muchas, según el tiempo y las circunstancias. Y me consta que D. Nicolás Rubín, último poseedor de la mencionada tienda, era cristiano viejo, y ni siquiera se le pasaba por la cabeza que sus antecesores hubieran sido fariseos con rabo ó sayones nari-gudos de los que salen en los pasos de Semana Santa.

La muerte de este D. Nicolás Rubín y el

acabamiento de la tienda fueron simultáneos. Tiempo hacía que las deudas socavaban la casa, y se sostenía apuntalada por las consideraciones personales que los acreedores tenían á su dueño. El motivo de la ruina, según opinión de todos los amigos de la familia, fué la mala conducta de la esposa de Nicolás Rubín, mujer desarreglada y escandalosa, que vivía con un lujo impropio de su clase, y dió mucho que hablar por sus devaneos y trapisondas. Diversas é inexplicables alternativas hubo en aquel matrimonio, que tan pronto estaba unido como disuelto de hecho, y el marido pasaba de las violencias más bárbaras á las tolerancias más vergonzosas. Cinco veces la echó de su casa y otras tantas volvió á admitirla, después de pagarle todas sus trampas. Cuentan que Maximiliana Llorente era una mujer bella y deseosa de agradar, de esas que no caben en la estrechez vulgar de una tienda. Se la llevó Dios en 1867, y al año siguiente pasó á mejor vida el pobre Nicolás Rubín, de una rotura de várices, no dejando á sus hijos más herencia que la detestable reputación doméstica y comercial, y un pasivo enorme que difícilmente pudo ser pagado con las existencias de la tienda. Los acreedores arramblaron por todo, hasta por la anaquelaría, que sólo sirvió para leña. Era contemporánea del Conde-Duque de Olivares.

Los hijos de aquel infortunado comerciante eran tres. Fijarse bien en sus nombres y en la

edad que tenían cuando acaeció la muerte del padre.

Juan Pablo, de veintiocho años.

Nicolás, de veinticinco.

Maximiliano, de diez y nueve.

Ninguno de los tres se parecía á los otros dos ni en el semblante ni en la complexión, y sólo con muy buena voluntad se les encontraba el aire de familia. De esta heterogeneidad de las tres caras vino sin duda la maliciosa versión de que los tales eran hijos de diferentes padres. Podía ser calumnia, podía no serlo; pero debe decirse para que el lector vaya formando juicio. Algo tenían de común, ahora que recuerdo, y era que todos padecían de fuertes y molestísimas jaquecas. Juan Pablo era guapo, simpático y muy bien plantado, de buena estatura; ameno y fácil en el decir, de inteligencia flexible y despierta. Nicolás era desgarbado, vulgarote, la cara encendida y agujereada como un cedazo á causa de la viruela, y tan peludo, que le salían mechones por la nariz y por las orejas. Maximiliano era raquítrico, de naturaleza pobre y linfática, absolutamente privado de gracias personales. Como que había nacido de siete meses y luego me le criaron con biberón y con una cabra.

Cuando murió el padre de estos tres mozos, Nicolás, ó sea el peludo (para que se les vaya distinguiendo), se fué á vivir á Toledo con su

tío D. Mateo Zacarías Llorente, capellán de *Doncellas Nobles*, el cual le metió en el Seminario y le hizo sacerdote; Juan Pablo y Maximiliano se fueron á vivir con su tía paterna doña Guadalupe Rubín, viuda de Jáuregui, conocida vulgarmente por *Doña Lupe la de los pavos*, la cual vivió primero en el barrio de Salamanca y después en Chamberí, señora de tales circunstancias, que bien merece toda la atención que le voy á consagrar más adelante. En un pueblo de la Alcarria tenían los hermanos Rubín una tía materna, viuda, sin hijos y rica; mas como estaba vendiendo vidas, la herencia de esta señora no era más que una esperanza remota.

No había más remedio que trabajar, y Juan Pablo empezó á buscarse la vida. Odiaba de tal modo las tiendas de tiradores de oro, que cuando pasaba por alguna, parecía que le entraba la jaqueca. Metióse en un negocio de pescado, uniéndose á cierto individuo que lo recibía en comisión para venderlo al por mayor por sere-tas de fresco y barriles de escabeche en la misma estación ó en la plaza de la Cebada; pero en los primeros meses surgieron tales desavenencias con el socio, que Juan Pablo abandonó la pesca y se dedicó á viajante de comercio. Durante un par de años estuvo rodando por los ferrocarriles con sus cajas de muestras. De Barcelona hasta Huelva, y desde Pontevedra á Almería, no le quedó rincón que no visitase, dete-

niéndose en Madrid todo el tiempo que podía. Trabajó en sombreros de fieltro, en calzado de Soldevilla, y derramó por toda la Península, como se esparce sobre el papel la arenilla de una salvadera, diferentes artículos de comercio. En otra temporada corrió chocolates, pañuelos y chales *galería*, conservas, devccionarios y hasta palillos de dientes. Por su diligencia, su honradez y por la puntualidad con que remitía los fondos recaudados, sus comitentes le apreciaban mucho. Pero no se sabe cómo se las componía, que siempre estaba *más pobre que las ratas*, y se lamentaba con amanerado pesimismo de su pícará suerte. Todas sus ganancias se le iban *por entre los dedos*, frecuentando mucho los cafés en sus ratos de descanso, convidando sin tasa á los amigos y dándose la mejor vida posible en las poblaciones que visitaba. A los funestos resultados de este sistema llamaba él *haber nacido con mala sombra*. La misma heterogeneidad y muchedumbre de artículos que corría mermó pronto los resultados de sus viajes y algunas casas empezaron á retirarle su confianza, y el aburrido viajante, siempre de mal temple y echando maldiciones y ternos contra los mercachifles, aspiraba á un cambio de vida y á ocupación más lucrativa y noble.

Día memorable fué para Juan Pablo aquel en que tropezó con un cierto amigote de la infancia, camarada suyo en San Isidro. El amigo era

diputado de los que llamaban *cimbros*, y Juan Pablo, que era hombre de mucha labia, le encareció tanto su aburrimento de la vida comercial y lo bien dispuesto que estaba para la administrativa, que el otro se lo creyó, y hágote empleado. Rubín fué al mes siguiente inspector de policía en no sé qué provincia. Pero su infame estrella se la había jurado: á los tres meses cambió la situación política, y mi Rubín cesante. Había tomado el gusto á la carne de nómina, y ya no podía ser más que empleado ó pretendiente. No sé que hay en ello, pero es lo cierto que hasta la cesantía parece que es un goce amargo para ciertas naturalezas, porque las emociones del pretender las vigorizan y entonan, y por eso hay muchos que el día que les colocan se mueren. La irritabilidad les ha dado vida y la sedación brusca les mata. Juan Pablo sentía increíbles deleites en ir al café, hablar mal del Gobierno, anticipar nombramientos, darse una vuelta por los ministerios, acechar al protector en las esquinas de Gobernación ó á la salida del Congreso, dar el salto del tigre y caerle encima cuando le veía venir. Por fin salió la credencial. Pero, ¡qué demonio!, siempre la condenada suerte persiguiéndole, porque todos los empleos que le daban eran de lo más antipático que imaginarse puede. Cuando no era algo de la policía secreta, era cosa de cárceles ó presidios.

Entretanto cuidaba de su hermano pequeño,

por quien sentía un cariño que se confundía con la lástima, á causa de las continuas enfermedades que el pobre chico padecía. Pasados los veinte años, se vigorizó un poco, aunque siempre tenía sus arrechuchos; y viéndole más entonado, Juan Pablo determinó darle una carrera para que no se malograra como él se malogró, por falta de una dirección fija desde la edad en que se plantea el porvenir de los hombres. Achacaba el mayor de los Rubín su desgracia á la disparidad entre sus aptitudes innatas y los medios de exteriorizarse. «¡Oh, si mi padre me hubiera dado una carrera—pensaba,—yo sería hoy algo en el mundo!...»

No tardó en recibir un nuevo golpe, pues cuando soñaba con un ascenso le limpiaron otra vez el comedero. Y he aquí á mi hombre paseándose por Madrid con las manos en los bolsillos, ó viendo correr tontamente las horas en este y el otro café, hablando de la situación, ¡siempre de la situación, de la guerra y de lo infames, indecentes y mamarrachos que son los políticos españoles! ¡Duro en ellos! Así se desahogan los espíritus alborotados y tempestuosos. Y por aquella vez no había esperanzas para Juan Pablo, porque los *suyos*, los que él llamaba con tanto énfasis los *míos*, estaban por los suelos, y había lo que llaman *racha* en las regiones burocráticas. A veces exploraba el mísero cesante su conciencia, y se asombraba de no encontrar en

ella nada en qué fundar terminantemente su filiación política. Porque ideas fijas... Dios las diera; había leído muy poco, y nutría su entendimiento de lo que en los cafés escuchaba y de lo que los periódicos le decían. No sabía fijamente si era liberal ó no, y con el mayor desparpajo del mundo llamaba *doctrinario* á cualquiera sin saber lo que la palabra significaba. Tan pronto sentía en su espíritu, sin saber por qué ni por qué no, frenético entusiasmo por los derechos del hombre; tan pronto se le inundaba el alma de gozo oyendo decir que el Gobierno iba á dar mucho estacazo y á pasarse los tales derechos por las narices.

En tal situación, presentóse inopinadamente en Madrid Nicolás Rubín, el curita peludo, que también tenía sus pretensiones de ingresar no sé si en el clero castrense ó en el catedral, y ambos hermanos celebraron unos coloquios muy reservados, paseando solos por las afueras. De resultas de esto, Juan Pablo apareció un día en el café con cierta animación, mucho desenfado en sus juicios políticos, dándolas de profeta y expresando más altaneramente que nunca su desprecio de la situación dominante. A los que de esta manera se conducen, se les mira en los cafés con un poquillo de respeto y aun con cierta envidia, suponiéndoles conocedores de secretos de Estado ó de alguna intriga muy gorda. «El amigo Rubín—dijo en ausencia de él don

Basilio Andrés de la Caña, que era uno de los puntos fijos en la mesa—me parece á mí que no juega limpio con nosotros. Si le van á colocar que lo diga de una vez. ¿Qué tenemos, viene *la federal* ó qué? ¡Misterios! ¡Meditemos!... ¿O es que le lleva cuentos á D. Práxedes? Bueno, señores, que se los lleve. No me importa el espionaje.»

Esto pasaba á fines de 1872. De pronto Rubín dijo que iba al extranjero á reanudar sus trabajos de viajante de comercio. Desapareció de Madrid, y al cabo de meses se susurró en la tertulia del café que estaba en la facción, y que D. Carlos le había nombrado algo como contador ó intendente en su Cuartel Real. Súpose más tarde que había ido á Inglaterra á comprar fusiles, que hizo un alijo cerca de Guetaria, que vino disfrazado á Madrid y pasó á la Mancha y Andalucía en el verano del 73, cuando la Península, ardiendo por los cuatro costados, era una inmensa pira á la cual cada español había llevado su tea y el Gobierno soplabá.

II

Juan Pablo, que siempre se había equivocado en lo referente á sí mismo y andaba por caminos torcidos, acertó al disponer que su hermano pequeño siguiese la carrera de Farmacia.

Muchas personas que no hacen más que disparates, poseen esta perspicacia del consejo y de la dirección de los demás, y no dando pie con bola en los destinos propios, ven claro en los del prójimo. En tal decisión tuvo además bastante parte un grande amigo del difunto Nicolás Rubín y de toda la familia (el farmacéutico Samaniego, dueño de la acreditada botica de la calle del Ave María), prometiendo tomar bajo sus auspicios á Maximiliano, llevársele de mancebo ó practicante con la mira de que andando el tiempo se quedase al frente del establecimiento.

Empezó Maximiliano sus estudios el 69, y su hermano y su tía le ponderaban lo bonita que era la Farmacia y lo mucho que con ella se ganaba, por ser muy caros los medicamentos y muy baratas las primeras materias: agua del pozo, ceniza del fogón, tierra de los tiestos, etcétera... El pobre chico, que era muy dócil, con todo se mostraba conforme. Lo que es entusiasmo, hablando en plata, no lo tenía por esta carrera ni por otra alguna; no se había despertado en él ningún afán grande ni esa curiosidad sedienta de que sale la sabiduría. Era tan endeble que la mayor parte del año estaba enfermo, y su entendimiento no veía nunca claro en los senos de la ciencia, ni se apoderaba de una idea sino después de echarle muchas lazadas como si la amarrara. Usaba de su escasa memoria como

de un ave de cetrería para cazar las ideas; pero el halcón se le marchaba á lo mejor, dejándole con la boca abierta y mirando al cielo.

Fueron penosísimos los primeros pasos en la carrera. La pereza y la debilidad le retenían en el lecho por las mañanas más tiempo del regular, y la pobre doña Lupe pasaba la pena negra para sacarle de las sábanas. Levantábase ella muy temprano, y se ponía á dar golpes con el almirez junto á la misma cabeza del durmiente, que las más de las veces no se daba por entendido de tal estruendo. Luego le hacía cosquillas, acostaba al gato con él, le retiraba las sábanas con la debida precaución para que no se enfriase. El sueño se cebaba de tal modo en aquel cuerpo, por las exigencias de la reparación orgánica, que el despertar del estudiante era obra de romanos y una de las cosas en que más energía y constancia desplegabá doña Lupe.

El muchacho estudiaba y quería cumplir con su deber; pero no podía ir más allá de sus alcances. Doña Lupe le ayudaba á estudiar las lecciones, animábale en sus desfallecimientos, y cuando le veía apurado y temeroso por la proximidad de los exámenes, se ponía la mantilla y se iba á hablar con los profesores. Tales cosas les decía, que el chico pasaba, aunque con malas notas. Como no estuviese enfermo, asistía puntualmente á clase, y era de los que traían

mayor trajín de notas, apuntes y cuadernos. Entraba en el aula cargado con aquel fardo, y no perdía sílaba de lo que el profesor decía.

Era de cuerpo pequeño y no bien conformado, tan endeble que parecía que se lo iba á llevar el viento, la cabeza chata, el pelo lacio y ralo. Cuando estaban juntos él y su hermano Nicolás, á cualquiera que les viese se le ocurriría proponer al segundo que otorgase al primero los pelos que le sobraban. Nicolás se había llevado todo el cabello de la familia, y por esta usurpación pilosa, la cabeza de Maximiliano anunciaba que tendría calva antes de los treinta años. Su piel era lustrosa, fina, cutis de niño con transparencias de mujer desmedrada y clorótica. Tenía el hueso de la nariz hundido y chafado, como si fuera de substancia blanda y hubiese recibido un golpe, resultando de esto no sólo fealdad sino obstrucciones de respiración nasal, que eran sin duda la causa de que tuviera siempre la boca abierta. Su dentadura había salido con tanta desigualdad, que cada pieza estaba, como si dijéramos, donde le daba la gana. Y menos mal si aquellos condenados huesos no le molestaran nunca; ¡pero si tenía el pobrecito cada dolor de muelas que le hacía poner el grito más allá del cielo! Padecía también de corizas y las empalmaba, de modo que resultaba un coriza crónico, con la pituitaria echando fuego y destilando sin cesar. Como ya iba

aprendiendo el oficio, se administraba el yoduro de potasio en todas las formas posibles, y andaba siempre con un canuto en la boca aspirando brea, demonios ó no sé qué.

Dígase lo que se quiera, Rubín no tenía ilusión ninguna con la Farmacia. Mas no estaba vacía de aspiraciones altas el alma de aquel joven, tan desfavorecido por la Naturaleza que física y moralmente parecía hecho de sobras. A los dos ó tres años de carrera aquel molusco empezó á sentir vibraciones de hombre, y aquel ciego de nacimiento empezó á entrever las fases grandes y gloriosas del astro de la vida. Vivía doña Lupe en aquella parte del barrio de Salamanca que llamaban *Pajaritos*. Maximiliano veía desde la ventana de su tercer piso á los alumnos de Estado Mayor, cuando la Escuela estaba en el 40 antiguo de la calle de Serrano; y no hay idea de la admiración que le causaban aquellos jóvenes, ni del arrobamiento que le producía la franja azul en el pantalón, el ros, la levita con las hojas de roble bordadas en el cuello, y la espada... ¡tan chicos algunos y ya con espada! Algunas noches Maximiliano soñaba que tenía su tizona, bigote y uniforme, y hablaba dormido. Despierto deliraba también, figurándose haber crecido una cuarta, tener las piernas derechas y el cuerpo no tan caído para adelante, imaginándose que se le arreglaba la nariz, que le brotaba el pelo y que se le ponía

un empaque marcial como el del más pintado. ¡Qué suerte tan negra! Si él no fuera tan desgarbado de cuerpo y le hubieran puesto á estudiar aquella carrera, ¡cuánto se habría aplicado! Seguramente, á fuerza de sobar los libros le habría salido el talento, como se saca lumbre á la madera frotándola mucho.

Los sábados por la tarde, cuando los alumnos iban al ejercicio con su fusil al hombro, Maximiliano se iba tras ellos para verles maniobrar, y la fascinación de este espectáculo durábale hasta el lunes. En la clase misma, que por la placidez del local y la monotonía de la lección convidaba á la somnolencia, se ponía á jugar con la fantasía y á provocar y encender la ilusión. El resultado era un completo éxtasis, y al través de la explicación sobre las propiedades terapéuticas de las tinturas madres, veía á los alumnos militares, en su estudio táctico de campo, como se puede ver un paisaje al través de una vidriera de colores.

Los chicos de la clase de Botánica se entretenían en ponerse motes semejantes á las nomenclaturas de Linneo. A un tal Anacleto, que se las tiraba de muy fino y muy señorito, le llamaban *Anaclethus obsequiosissimus*; á Encinas, que era de muy corta estatura, le llamaban *Quercus gigantea*. Olmedo era muy abandonado, y le caía admirablemente el *Ulmus sylvestris*. Narciso Puerta era feo, sucio y mal oliente. Pusieronle

Pseudo-Narcissus odoriferus. A otro que era muy pobre y gozaba de un empleo, le pusieron *Christophorus officinalis*; y por último, á Maximiliano Rubín, que era feísimo, desmañado y de muy cortos alcances, se le llamó durante toda la carrera *Rubinius vulgaris*.

Al entrar el año de 1874, tenía Maximiliano veinticinco y no representaba aún más de veinte. Carecía de bigote, pero no de granos, que le salían en diferentes puntos de la cara. A los veintitrés años tuvo una fiebre nerviosa que puso en peligro su vida; pero cuando salió de ella parecía un poco más fuerte: ya no era su respiración tan fatigosa ni sus corizas tan tenaces, y hasta los condenados raigones de sus muelas parecían más civilizados. No usaba ya el yoduro tan á pasto ni el canuto de brea, y sólo las jaquecas persistían, como esos amigos machacones cuya visita periódica causa espanto. Juan Pablo estaba entonces en el Cuartel Real, y doña Lupe dejaba á Maximiliano en libertad, porque le creía inaccesible á los vicios por razón de su pobreza física, de su natural apático y de la timidez que era el resultado de aquellas desventajas. Y además de libertad, dábale su tía algún dinero para sus placeres de mozo, segura de que no había de gastarlo sino con mucho pulso. Inclínabase el chico á economizar, y tenía una hucha de barro en la cual iba metiendo las monedas de plata y algún centén de oro que

le daban sus hermanos cuando venían á Madrid. En la ropa era muy mirado, y gustaba de hacerse trajes baratos y de moda, que cuidaba como á las niñas de sus ojos. De esto le sobrevino alguna presunción, y gracias á ella su figura no parecía tan mala como era realmente. Tenía su buena capa de embozos colorados; por la noche se liaba en ella, metíase en el tranvía y se iba á dar una vuelta hasta las once, rara vez hasta las doce. Por aquel tiempo se mudó doña Lupe á Chamberí, buscando siempre casas baratas, y Maximiliano fué perdiendo poco á poco la ilusión de los alumnos de Estado Mayor.

Su timidez, lejos de disminuir con los años, parecía que aumentaba. Creía que todos se burlaban de él considerándole insignificante y para poco. Exageraba sin duda su inferioridad, y su desaliento le hacía huir del trato social. Cuando le era forzoso ir á alguna visita, la casa en que debía entrar imponíale miedo, aun vista por fuera, y estaba dando vueltas por la calle antes de decidirse á penetrar en ella. Temía encontrar á alguien que le mirara con malicia, y pensaba lo que había de decir, aconteciendo las más de las veces que no decía nada. Ciertas personas le infundían un respeto que casi casi era pánico, y al verlas venir por la calle se pasaba á la otra acera. Estas personas no le habían hecho daño alguno; al contrario, eran amigos de su padre, ó de doña Lupe ó de Juan Pablo. Cuando iba al

café con los amigos, estaba muy bien si no había más que dos ó tres. En este caso hasta se le soltaba la lengua y se ponía á hablar sobre cualquier asunto. Pero como se reunieran seis ú ocho personas, enmudecía, incapaz de tener una opinión sobre nada. Si se veía obligado á expresarse, ó porque se querían *quedar con él*, ó porque sin malicia le preguntaban algo, ya estaba mi hombre como la grana y tartamudeando.

Por esto le gustaba más, cuando el tiempo no era muy frío, vagar por las calles embozadito en su pañosa, viendo escaparates y la gente que iba y venía, parándose en los corros en que cantaba un ciego, y mirando por las ventanas de los cafés. En estas excursiones podía muy bien emplear dos horas sin cansarse, y desde que se daba cuerda y cogía impulso, el cerebro se le iba calentando, calentando hasta llegar á una presión altísima en que el joven errante se figuraba estar persiguiendo aventuras y ser muy otro de lo que era. La calle, con su bullicio y la diversidad de cosas que en ella se ven, ofrecía gran incentivo á aquella imaginación, que al desarrollarse tarde, solía desplegar los bríos de que dan muestras algunos enfermos graves. Al principio no le llamaban la atención las mujeres que encontraba; pero al poco tiempo empezó á distinguir las guapas de las que no lo eran, y se iba en seguimiento de alguna, por puro

éxtasis de aventura, hasta que encontraba otra mejor y la seguía también. Pronto supo distinguir de *clases*, es decir, llegó á tener tan buen ojo, que conocía al instante las que eran honradas y las que no. Su amigo *Ulmus sylvestris*, que á veces le acompañaba, indújole á romper la reserva que su encogimiento le imponía, y Maximiliano conoció á algunas que había visto más de una vez y que le habían parecido muy guapetonas. Pero su alma permanecía serena en medio de sus tentativas viciosas: las mismas con quienes pasó ratos agradables le repugnaban después, y como las viera venir por la calle, les huía el bulto.

Agradábale más vagar solo que en compañía de Olmedo, porque éste le distraía, y el goce de Maximiliano consistía en pensar é imaginar libremente y á sus anchas, figurándose realidades y volando sin tropiezo por los espacios de lo posible, aunque fuera improbable. Andar, andar y soñar al compás de las piernas, como si su alma repitiera una música cuyo ritmo marcaban los pasos, era lo que á él le deleitaba. Y como encontrara mujeres bonitas, solas, en parejas ó en grupos, bien con toquilla á la cabeza ó con manto, gozaba mucho en afirmarse á sí mismo que *aquellas eran honradas*, y en seguir-las hasta ver adónde iban. «¡Una honrada! ¡Que me quiera una honrada!» Tal era su ilusión... Pero no había que pensar en tal cosa. Sólo de

pensar que le dirigía la palabra á una honrada, le temblaban las carnes. ¡Si cuando iba á su casa y estaban en ella Rufinita Torquemada ó la señora de Samaniego con su hija Olimpia, se metía él en la cocina por no verse obligado á saludarlas!...

III

De esta manera aquel misántropo llegó á vivir más con la visión interna que con la externa. El que antes era como una ostra había venido á ser algo como un poeta. Vivía dos existencias, la del pan y la de las quimeras. Ésta la hacía á veces tan espléndida y tan alta, que cuando caía de ella á la del pan, estaba todo molido y maltrecho. Tenía Maximiliano momentos en que se llegaba á convencer de que era otro, esto siempre de noche y en la soledad vagabunda de sus paseos. Bien era oficial de ejército y tenía una cuarta más de alto, nariz aguileña, mucha fuerza muscular y una cabeza... una cabeza que no le dolía nunca; ó bien un paisano pudiente y muy galán, que hablaba por los codos sin turbarse nunca, capaz de echarle una flor á la mujer más arisca, y que estaba en sociedad de mujeres como el pez en el agua. Pues, como dije, se iba calentando de tal modo los sesos, que se lo llegaba á creer. Y si aquello le durara, sería tan loco como cualquiera de los que están en Lega-

nés. La suerte suya era que aquello se pasaba, como pasaría una jaqueca; pero la alucinación recobraba su imperio durante el sueño, y allí eran los disparates y el teje maneje de unas aventuras generalmente muy tiernas, muy por lo fino, con abnegaciones, sacrificios, heroísmos y otros fenómenos sublimes del alma. Al despertar, en ese momento en que los juicios de la realidad se confunden con las imágenes mentirosas del sueño y hay en el cerebro un crepúsculo, una discusión vaga entre lo que es verdad y lo que no lo es, el engaño persistía un rato, y Maximiliano hacía por retenerlo, volviendo á cerrar los ojos y atrayendo las imágenes que se dispersaban. «Verdaderamente—decía él,—¿por qué ha de ser una cosa más real que la otra? ¿Por qué no ha de ser sueño lo del día y vida efectiva lo de la noche? Es cuestión de nombres, y de que diéramos en llamar *dormir* á lo que llamamos *despertar* y *acostarse* al *levantarse*... ¿Qué razón hay para que no diga yo ahora mientras me visto: Maximiliano, ahora te estás echando á dormir. Vas á pasar mala noche, con pesadilla y todo, ó sea con clase de *Materia farmacéutica animal*?...»

El tal *Ulmus sylvestris* era un chico simpático, buen mozo, alegre y de cabeza un tanto ligera. De todos los compañeros de *Rubinius vulgaris* aquél era el que más le quería, y Maximiliano le pagaba con un cariño que tenía algo

de respeto. Llevaba Olmedo una vida muy poco ejemplar, mudando cada mes de casa de huéspedes, pasándose las noches en lugares pecaminosos y haciendo todos los disparates estudiantiles como si fueran un programa que había que cumplir sin remedio. Ultimamente vivía con una tal Feliciano, graciosa y muy corrida, dándose importancia con ello, como si el *entre-tener* mujeres fuese una carrera en que había que matricularse para ganar título de hombre hecho y derecho. Dábale él lo poco que tenía, y ella afanaba por su lado para ir viviendo, un día con estrecheces, otro con rumbo y siempre con la mayor despreocupación. Tomaba él en serio este género de vida, y cuando tenía dinero, invitaba á sus amigos á *tomar un bacalao* en su *hotel*, dándose unos aires de hombre de mundo y de pillín, con cierta imitación mala del desgairre parisiense que conocía por las novelas de Paul de Kock. Feliciano era de Valencia, y ponía muy bien el arroz; pero el servicio de la mesa y la mesa misma tenían que ver. Y Olmedo lo hacía todo tan al vivo y tan con arreglo á programa, que se emborrachaba sin gustarle el vino, cantaba flamenco sin saberlo cantar, destrozaba la guitarra y hacía todos los desatinos que, á su parecer, constituían el rito de perdido; pues á él se le antojó ser perdido, como otros son masones ó caballeros cruzados, por el prurito de desempeñar papeles y de tener una signi-

ficación. Si existiera el uniforme de perdido, Olmedo se lo hubiera puesto con verdadero entusiasmo, y sentía que no hubiese un distintivo cualquiera, cinta, plumacho ó galón, para salir con él, diciendo tácitamente: «Vean ustedes lo perdulario que soy.» Y en el fondo era un infeliz. Aquello no era más que una prolongación viciosa de la *edad del pavo*.

Maximiliano no iba nunca á las francachelas de su amigo, aunque éste le convidaba siempre. Pero se informaba de la salud de Feliciano como si fuera una señora, y Olmedo también tomaba esto en serio, diciendo: «La tengo un poquillo delicada. Hoy le he dicho á Orfila que se pase por casa.» Este Orfila era un estudiantillo de último año de Medicina, que se llamaba lo mismo que el célebre doctor, y curaba, es decir, recetaba á los amigos y á las amigas de los amigos.

Un día, al salir de clase, dijo Olmedo á Rubin: —Vete por casa si quieres ver una mujer... hasta allí. Es una amiga de Feliciano, que se ha ido á nuestro *hotel* unos días mientras encuentra colocación.

—¿Es honrada?—preguntó Rubin, mostrando en su tono la importancia que daba á la honradez.

—¡Honrada! ¡qué narices!—exclamó el perdido. —¿Pero tú crees que hay alguna mujer que sea... lo que se llama honrada?